



1020002774

9



104598



ELEVACION Y CAIDA
DEL
EMPERADOR MAXIMILIANO.



10328

F 1233

M 395

K 37

EMPERADOR MAXIMILIANO

EMPERADOR MAXIMILIANO



ELEVACION Y CAIDA
DEL
EMPERADOR
MAXIMILIANO

INTERVENCION FRANCESA EN MÉXICO.
1861.—1867.

POR EL CONDE E DE KÉRATRY.

PRECEDIDA DE UN PREFACIO

DE PREVOST-PARADOL

De la Academia francesa.

TRADUCIDA

POR HILARION FRIAS Y SOTO.



NABOR CHAVEZ, EDITOR.

MÉXICO.

IMPRESA DEL COMERCIO, DE N. CHAVEZ, A CARGO DE J. MORENO,
CALLE DE CORDOBANES NUMERO 3

1870.

EDICION
BERNARDO DIAZ RAMIREZ

MAXIMILIANO

INTERVENCIÓN FRANCESA EN MÉJICO

1861—1867

POR EL GORPE E DE KERRATRY



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



PREFACIO.

LA empresa de México, acerca de la cual esta obra, consagrada ya por la curiosidad pública, contiene tantos detalles nuevos é interesantes, no es el peor de los resultados que ha producido para la Francia el gobierno personal, bajo la forma que tiene legalmente quince años ha, porque los negocios de Italia y Alemania, iniciados y dirigidos bajo el mismo principio, reservan á nuestro país pruebas mas fuertes y embarazos mas duraderos; pero la expedicion mexicana ofrece este carácter particular de interes, que el gobierno personal se revela allí de una manera mas patente que en las otras, que los ánimos menos previosores tienen que ver en ella forzosamente la obra libremente concebida de una voluntad única, que su objeto está claramente definido desde el principio, que su teatro está demarcado con anterioridad, que la catástrofe es desiciva y sorprendente y que todo marcha allí, como en un drama antiguo, hácia un fin sangriento y á un desenlace bastante memorable para servir de eterna leccion á la posteridad.

Al decir que el gobierno personal se muestra mas á descubierto en la invasion de México que en los negocios de

Alemania é Italia, nos colocamos bajo el punto de vista del conjunto del público, porque para los hombres ilustrados, esos tres grandes acontecimientos del reinado actual, unidad italiana, unidad alemana y empresa de México, brotan de la misma fuente y son los resultados igualmente graves, pero igualmente reconocibles como procediendo del mismo gobierno. Segun las ideas antiguas y bien conocidas del gefe del Estado, que en 1852 ha infiltrado esas ideas en nuestras leyes, el soberano, mas ó ménos censurado por las asambleas deliberantes, tiene el derecho y el deber de concebir y emprender con una libertad absoluta los proyectos que cree ventajosos á la gloria ó á la felicidad de la patria. No se trata aquí de esos soberanos constitucionales que, rodeados de un ministerio responsable, velan por la aplicacion de las leyes y por la ejecucion de una política cuya primera impulsión viene de la opinion pública, espresada y legalizada por un parlamento. Esta imágen, tan familiar hoy á los espíritus ilustrados, se ha sustituido por la de un gefe del Estado, meditando sus designios en el silencio del gabinete, en donde se entrega á sus ensueños solitarios, dando despues sus órdenes á ministros aislados en su obediencia y dependiendo de él solo, y sometiendo en fin al juicio de los mandatarios de la nacion empresas acabadas ó irrevocablemente empeñadas, que únicamente pueden servir de materia á elogios reconocidos, ó á lamentaciones patrióticas.

De este sistema de gobierno han salido los actos tan importantes que han terminado en la unidad italiana, en la unidad alemana y en la expedicion de México, y ninguna otra forma de gobierno era capaz de producirlos. Ningun gabinete responsable, ya fuese republicano, ya monárquico, habria podido concebir, preparar y hacer inevitable la guerra de 1859, tal como el mismo M. Cavour la ha explicado en su correspondencia. Ningun gabinete responsable habria podido favorecer desde su origen los designios de M. de Bis-

mark con la esperanza, tan cruelmente destruida, de sacar partido de ellos, ni rehusar sobre todo la oferta formal y muchas veces repetida de la Inglaterra para contener por una accion comun el desmembramiento de la monarquía danesa. En fin, no se puede negar que el gobierno personal, en la mas fuerte acepcion de la palabra, tenia únicamente el medio y el poder de concebir el pensamiento de fundar un trono en México y elevar á él un príncipe austriaco, usando del ejército de Francia.

Esas tres empresas tienen, pues, el carácter comun de ser obras directas del gobierno personal y de los ejemplos palpables del mal que puede producir. Pero miétras que la unidad italiana y la hegemonia prusiana no han producido aún todas sus consecuencias y dejan aún inciertas una parte de las cuestiones que originan, la empresa de México se ha terminado definitivamente y el irrevocable desenlace que acaba de tener permite juzgarla mejor. Pero entre la empresa mexicana y las otras dos hay esta diferencia: la empresa italiana, una vez conocida, ha encontrado en Francia numerosos partidarios, y complicada como lo está hoy con la cuestion religiosa, divide al ménos las opiniones y no ha sufrido la desaprobacion de la nacion entera: la hegemonia de la Prusia en Alemania se ha considerado con ménos indulgencia y generalmente se han condenado las faltas tan visibles y tan libremente cometidas que la han criado; pero es necesario reconocer al mismo tiempo que algunos franceses, imbuidos en las doctrinas que están á la moda sobre las nacionalidades y sobre la formacion necesaria de grandes Estados á espensas de los pequeños, se hicieron partidarios de la grandeza prusiana y de la unidad alemana. En cuanto á la empresa mexicana, nada de esto ha acontecido; al momento en que se ha descubierto su verdadero objeto ha sido condenada por un juicio unánime; esa reprobacion ha durado, creciendo tanto como la misma empresa: ha sido uni-

versal y perpétua, hasta tal punto, que aun aquellos á quienes su profesion de abogados ó de escritores al servicio del gobierno los obliga á sostenerlo en este negocio, no pudieron prescindir de aliviar su ánimo por la expresion del pesar y de la reprobacion que les inspiraba aquel acto, fuera del cumplimiento de sus penosas funciones. Por esto es permitido decir que entre las tres obras del gobierno personal hace quince años, la empresa mexicana es la que lo pone mas en descubierto y mas lo condena. México es una especie de campo cerrado á donde el gobierno personal se ha empeñado en colocarse, no con visera, sino con el rostro apenas enmascarado, y en el cual ha sido vencido despues de una lucha relativamente corta, pero decisiva, contra la fuerza de las cosas, el buen sentido y la equidad.

Seria pasar los límites de un prefacio y usurpar la interesante narracion que se va á leer, si se intentase delinear los principales episodios de esa sangrienta aventura. Marque-mos solamente algunos de sus rasgos para comprender mejor su origen y su fin. No damos, aun cuanco se nos haga por ello un reproche, sino una importancia muy secundaria á ciertos motivos muy poco honrosos, que segun se dice no han sido del todo estraños al principio de la empresa mexicana, y los cuales han levantado un gran rumor en la tribuna y en la prensa. Suponiendo cierto todo lo que se ha dicho de mas sensible acerca del negocio Jecker, aun admitiendo que influencias de este género hayan pesado directamente sobre las resoluciones del gefe del Estado, es preciso buscar en otra parte y mas alto los verdaderos motivos de la empresa. Jamás se nos ha acusado de adulacion hácia el soberano actual de la Francia, y el uso que ha hecho de un inmenso poder no ha cambiado los sentimientos que ántes nos inspiraron los medios que empleó para obtenerlo. Pero condonamos de que este príncipe se haya visto obligado (como César á quien él aplaude especialmente con este motivo) á

escojer sus auxiliares en una fraccion restringida de ciudadanos, y no siempre en la mas irreprochable ni capaz, nunca hemos vacilado en atribuir la causa de sus actos á su amor sincero por el bien público, sentimiento por otra parte muy natural en un príncipe que quiere afirmar y aun legar una corona. Sin embargo, en un gobierno personal, el error involuntario y aun generoso del gefe del Estado, puede hacerse la fuente de las desgracias públicas. El error capital que ha originado la empresa mexicana es un juicio falso formado por el gobierno francés sobre el éxito de la guerra civil de los Estados-Unidos.

Si no hubiese estallado la guerra civil ó si el gobierno francés hubiese previsto la victoria definitiva del Norte y la reconstruccion del poder americano, nunca hubiera nacido en su espíritu la idea de fundar un trono en México con los ejércitos de Europa. La disolucion aparente de los Estados-Unidos fué la causa de la empresa mexicana, como su resurreccion ha bastado para anonadar ese trono efímero. El error tan funesto en que ha caido el gobierno francés, respecto á la guerra civil de los Estados-Unidos, se esplica por la habitual tendencia de la alma humana á esperar lo que desea. Desde el principio de ese gran trastorno el gobierno francés deseaba la caida de la república americana, y sus órganos mas acreditados no hacian un misterio de ello. La destruccion de un gobierno republicano por una especie de suicidio, el hundimiento súbito de una democracia que pretendia pasarce sin un César, parecian de buen agüero, al mismo tiempo que debian servir de ejemplo á todos aquellos que tienden á representar la dictadura como el acompañamiento necesario y el forzoso final de la democracia.

La Inglaterra, cediendo al placer muy natural de ver que una rival temible y protegida desde su cuna por la Francia se destruia á sí misma, esperó tambien lo que deseaba, y participó de la opinion del gobierno francés sobre la proba-

ble terminacion de esta guerra civil. Pero mientras que este error, excusable por ambas partes, condujo al gobierno inglés á esperar solamente en una malévola neutralidad respecto al Norte, el resultado de los acontecimientos, este mismo error abria para el gobierno francés la puerta misteriosa, descrita por el poeta, por la cual entran los sueños, y la imaginacion delirante que decide de nuestros destinos, alzó desde aquel punto su vuelo.

Puesto que los Estados-Unidos se consideraban ya como si no existieran, puesto que el campo estaba libre en el Nuevo-Mundo, por qué no intentar allí algo grande que, sin ser inútil al interés de la Francia, viniese sobre todo á aumentar el prestigio tan necesario á su gobierno? Se tenian reclamaciones contra México por esos agravios continuos y perpétuos que un Estado sumido en la anarquía, no puede menos que inferir á las potencias extranjeras. ¿Por qué no se habia de ir, como otras muchas veces, á exigir con las armas en la mano la reparacion de esos agravios? Pero esta vez no se trataba de aparecer en aquellas costas lejanas volviendo de ellas con un tratado, ni siquiera de ocupar un puerto para recibir las indemnizaciones necesarias. Ahora nuestra llegada debia ser la señal de una revolucion preparado por un partido, y provocada por la presencia de nuestro ejército. Esta revolucion, que algunos emigrados llenos de confianza presentaban como cierta y fácil, debia, decian ellos, derribar la república, y llegar, con nuestro apoyo, á la fundacion de un trono.

¿Para quién seria ese trono? La sola idea de poder disponer de él era una seduccion muy poderosa: era un inmenso favor de la fortuna levantar para sí mismo un trono abatido; pero levantar uno para otro y regalar una corona, no era el máximun de la grandeza humana? A estas imágenes embriagadoras se adunaban otros sueños mas vagos aún, pero por lo mismo mas propios á seducir, estando revestidos

de una grandeza indefinida: regeneracion de la raza latina en el Nuevo-Mundo, creacion de un equilibrio, oponer una barrera á la inundacion de la raza anglo-sajona, minas inagotables de metales preciosos, perforacion de un istmo. . . .

Sin embargo, ¿sobre qué frente se ceñiria esa corona? Sobre la de otro soñador á quien una ambicion hasta entonces defeccionada, y á quien una idea exajerada de sus propias fuerzas disponian á las aventuras. Nacido en las gradas de un trono, apasionado por la grandeza monárquica, colocado por la suerte á igual distancia del papel de gefe de un imperio, y del de gefe revolucionario, apasionado por ambos papeles y fluctuando entre los dos, mantenido así en una especie de impotencia, reprimido y embarazado de mil maneras, y persuadido de que la fortuna, que no podia olvidarlo, le preparaba alguna sorpresa magnífica, el archiduque Maximiliano creyó reconocer su destino y obedecerlo al aceptar aquel don funesto.

¡Cuántas veces esa corona se le habia aparecido en sus sueños! “La escalinata monumental del palacio de Caserta, escribia Maximiliano en 1851, es digna de la magestad. Nada hay tan bello como figurarse al soberano colocado en aquella altura, como resplandeeiendo con el brillo del mármol que le rodea, y dejando llegar hasta sí á los humanos! La multitud sube lentamente: el rey le envía una mirada dulce, pero que cae de lo alto. Él, el poderoso, el altivo, avanza hácia la turba con una sonrisa de augusta bondad. Que un Carlos V, que una María Teresa aparezcan en la parte superior de esa gradería, y no habrá quien no incline la cabeza delante de la magestad á la que Dios ha dado el poder! Yo tambien, pobre efimero, sentí subir en mí el orgullo que ya otra vez habia experimentado en el palacio del dux de Venecia, y y pensaba cuán agradable debia ser en ciertos momentos, muy solemnes para ser frecuentes, colocarse en la parte

“superior de aquella gradería, poder desde allí dejar caer
 “la mirada sobre la multitud, y sentirse el primero, como
 “el sol en el firmamento!” Tal fué el sueño de aquel des-
 graciado príncipe, del cual debía sacarlo la ruda mano de un
 soldado de Juárez, que se posaba sobre su hombro para con-
 ducirlo á la tumba en Querétaro.

Sin embargo, aquel era el hombre que convenia á la em-
 presa: aunque vacilando y con algun temor, él la aceptó y
 partió para su destino.

Ojalá y se pudieran borrar de nuestra historia los acon-
 tecimientos que precedieron su llegada á aquella tierra le-
 jana. Qué cosa en efecto, mas triste, que ver un valiente
 ejército servir de instrumento á una política obligada á ocul-
 tar bajo equitativas reivindicaciones un objeto legítimo?
 Nos presentábamos en México casi como Garibaldi llegaba
 otra vez á las puertas de Roma, es decir, con la esperanza
 de provocar allí una revolucion que se nos habia prometido,
 que se nos debía, y que era indispensable al éxito de nues-
 tros designios. Pero no solo no estalló aquella revolucion,
 sino que el gobierno regular del país, al tratar con nosotros
 como sus aliados, nos ofreció todas las satisfacciones imagi-
 nables. Qué hacer, sino confesar, despreciando el derecho
 de gentes, que espresamente se venia á destruir ese mismo
 gobierno? La ruptura de los convenios de la Soledad, no
 fué mas que la confesion de esa resolucion irrevocable, y
 desde entonces nuestro ejército quedó empeñado en aquel
 espinoso camino sembrado de victorias frecuentes ó inú-
 tiles.

No nos detendremos en los detalles de esa guerra, que, dí-
 gase lo que se quiera, se contará siempre entre los actos
 militares mas meritorios de nuestro ejército. Solo el senti-
 miento del deber podia sostenerlo en una tarea tan penosa,
 y la ha cumplido con una firmeza heróica. Apesar del nú-
 mero relativamente tan corto de invasores, apesar de las

pruebas de una lucha que al prolongarse y envenenarse te-
 nia que hacerse cruel, México sintió pronto la mano de un
 amo. Quedó ocupado y sometido en su estenso territorio y
 durante el tiempo suficiente para que se pudiese fundar un
 imperio, si esa consolidacion hubiese sido posible: y cuando
 llegó el dia de la concentracion y evacuacion, ese jaque tan
 completo de nuestra política se convirtió aún en un último
 triunfo para nuestro ejército por el órden perfecto con que
 se consumó esa vasta operacion, por la falta de todo desas-
 tre y por la respetuosa actitud de nuestros enemigos. Si el
 prestigio político de la Francia ha sufrido de una manera
 grave en México, sí la sangre francesa y el oro frances se-
 han derramado allí locamente, al menos nuestro honor mi-
 litar ha vuelto intacto: y sin entrar aquí en debates perso-
 nales, que ni me toca ni tengo los elementos para juzgar:
 felicito á mi país por haber encontrado en el principal y úl-
 timo gefe de aquella penosa guerra, un servidor experimen-
 tado, cuya mano firme y fuerza de voluntad tranquila, de-
 bían prestar muy pronto un gran servicio á la Francia.

Pero por muchos que fueran los triunfos militares, ningun-
 o podia prevalecer sobre estas dos causas de ruina: imposi-
 bilidad política de fundar un imperio en México, apoyado en
 un partido nacional, y la pasificacion de los Estados-Uni-
 dos. Fácilmente podrá verse por los curiosos detalles que
 contiene esta obra, cuán quimérica era la esperanza de en-
 contrar en México un partido dispuesto á concurrir al esta-
 blecimiento de un trono en México, y capaz sobre todo de
 defenderlo. La misma anarquía tiene sus preferencias y
 cierto órden de cosas que le es propio. En aquel vasto ter-
 ritorio á donde el aislamiento es tan fácil, la independencian
 tan cómoda, la revuelta tan seductora, la forma federativa
 y republicana no solamente está indicada por la naturaleza
 de las cosas, sino que se ha implantado en las costumbres,
 y está aceptada por todos. La intervencion extranjera, por

el contrario, que nunca agradó ni aun á los mismos á quienes venia á sostener, confundió en lo sucesivo la causa de la república en la de la misma patria. En fin, era preciso escoger entre los dos partidos irreconciliables que hace mucho tiempo desgarran á México; y cuando Maximiliano, segun el método aconsejado en semejantes circunstancias, afectaba inclinarse al partido que lo combatia mas bien que al que lo habia llamado, se enagenaba los ánimos de sus amigos de una manera irreconciliable, sin conquistar por eso á sus adversarios. Maximiliano osciló, pues, miserablemente entre ambos contendientes, hasta el dia supremo en que se entregó sin restricciones al que le ofrecia tentar por su causa un último esfuerzo, y que lo condujo á su pérdida.

Durante estas alternativas de triunfos militares, y de embarazos políticos, de esperanzas y de temores que compusieron la corta historia de este imperio, la victoria del Norte en los Estados-Unidos decidió de su existencia y marcó su término inevitable. Engañado en sus cálculos, y viendo levantarse ese poderoso Estado de una manera inesperada, y cuando se contaba con su ruina, el gobierno francés habia ensayado inútilmente poner obstáculos á aquella amenazadora resurreccion. Habia solicitado á la Inglaterra y á la Rusia para intervenir unidas en los Estados-Unidos, y obtener á favor del Sur un armisticio y negociaciones, es decir, la salvacion.

La Inglaterra rehusó entrar en aquella cruzada, y esta prudencia que cada dia le es mas habitual, habia sofocado en ella la voz de la pasion y los consejos del interés. En cuanto á la Rusia, muy feliz con ver renacer llena de brillo una potencia que siempre ha adulado, y contenta por recoger de los Estados-Unidos la herencia de nuestro antiguo favor, ni por un instante podia dar oido á proposiciones de este género. Abandonado, pues, á sí mismo, el gobierno francés vaciló y retrocedió ante una tarea tan sangrienta y tan di-

ficil. Desde aquel momento la empresa de México quedó condenada, y casi podian contarse los dias que faltaban para la caida de Maximiliano.

En efecto, para los Estados-Unidos, la empresa mexicana no era sino un episodio de su guerra civil: aquella república la consideraba como uno de esos ataques ó injurias que se soportan durante una mala situacion, con la esperanza de borrarlas y aun vengarlas cuando llegasen mejores dias. Habian, pues, soportado aquel mal con paciencia, conteniendo su resentimiento, reprobando la empresa, reservando su conducta posterior, esforzándose en hablar sin amargura y acomodando su lenguaje á su suerte tan incierta. Pero una vez reconstruida, aunque sangrando aún, y sintiendo una vida nueva correr en sus venas, la república fijó su atencion hácia aquel lado, y resolvió aprovecharse de una ocasion tan favorable para volver á entrar con alguna arrogancia en la escena del mundo. Desde entónces comenzó esa larga série de quejas, de insinuaciones, de intimaciones y de amenazas apenas disfrazadas que sujetaron á pruebas tan crueles nuestro orgullo sin cansar nuestra paciencia. ¿Pero qué podia hacerse en efecto? Entrar en guerra con los Estados-Unidos resucitados, cuando con mucha sabiduría se habia retrocedido ante su debilidad, mas aún, delante de su aparente agonía, y empeñarse en esa grave aventura para salvar un trono ya vacilante y que por mil indicios parecia condenado de antemano ademas de esta causa infalible de ruina! De ninguna manera pensó el gobierno francés tomar este partido temerario, y apesar del acuerdo antiguo y constante de los poderes públicos con todos los deseos del gefe del Estado, era de temerse que no se pudiese arrastrar á la Francia hasta tal extremo. Al mismo tiempo otras faltas mas graves y cometidas mas cerca de nosotros comenzaban á producir sus frutos y reclamaban ya toda la atencion y todas las fuerzas del país para vigilar los asuntos de

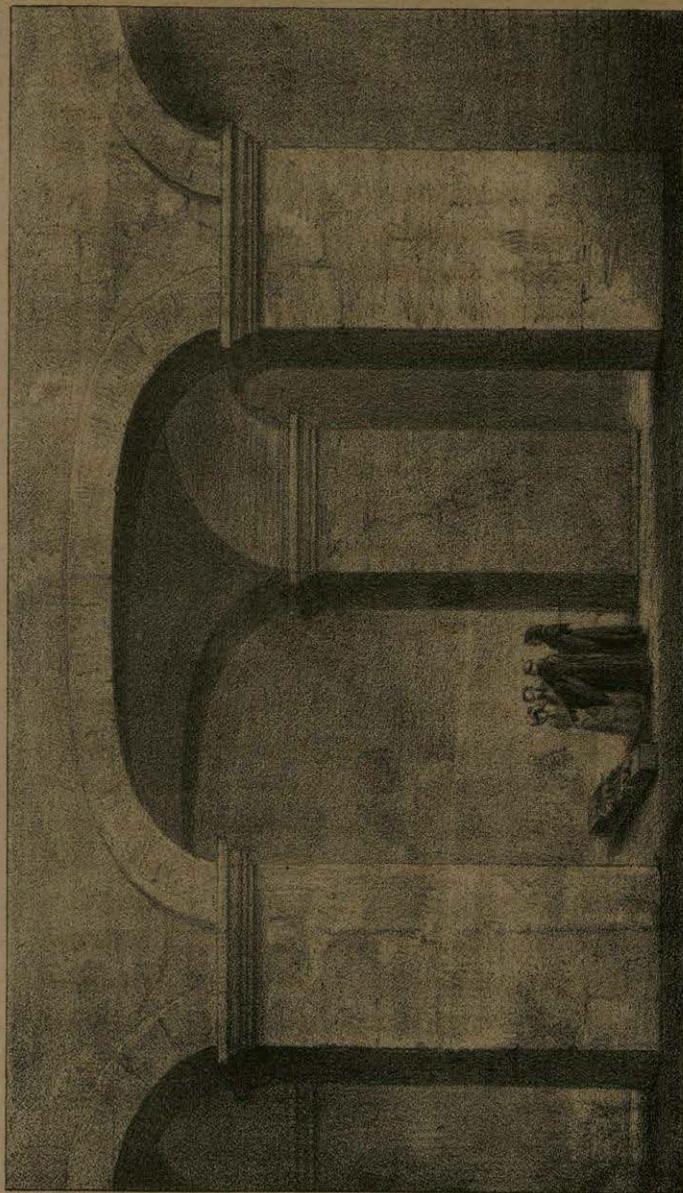
la Europa. El gobierno francés aceptó, pues, la caída del imperio mexicano como un sacrificio indeclinable impuesto por la fortuna.

Pero importaba, para atenuar el jaque del gobierno francés, que Maximiliano no apareciese violentamente arrojado del trono, y por temor de que no fuese precipitado de él, era preciso empeñarse en persuadirlo á que abdicase. Este libro abunda en detalles interesantes y tristes sobre esta última parte de la historia de la expedición á México. Se verá en él cuántos disgustos se impusieron á ese desgraciado príncipe, cómo tuvo este que ir renunciando gradualmente á cada una de sus esperanzas, aun las mas legítimas, cómo la sombra y el abandono se extendieron á su alrededor y cómo vió escapar de sus manos, con una imprevista rapidez, todos los medios de combatir y de reinar. ¡Y el doloroso viaje de esa princesa digna de la elocuencia de Bossuet! ¡Y el fin de esa pareja infortunada marcado por la locura y el fusilamiento, desenlace digno del pincel de Shakspeare! Y, para no omitir cosa alguna sobre todos los actores desgraciados ó humillados de este drama, es preciso figurarse á la arrogante república americana impulsándolo todo á su término, casi en la misma actitud que conservó por un instante la Europa coligada cuando pretendía obligar á Luis XIV á destruir con su propia mano el trono que habia levantado en España, y á destruir él mismo á su nieto! Nunca se ha dado un espectáculo mas conmovedor al mundo; nunca se ha dado á la Francia una lección mas viva ni mas clara; ojalá y esta lección mas tarde no le sea inútil! Que contribuya, si es posible, á preservarnos de tan grandes faltas y de mayores desgracias!

Noviembre de 1867.

PREVOST—PARADOL.

Cripta de los Agustinos en Viena.



Lugar donde se encuentra el cadáver del Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo.